

Amador Fernández-Savater

LA BATALLA

DEL PENSAMIENTO

ESCUCHAR Y CONVERSAR. LEER Y ENSOÑAR.
INTERRUMPIR Y CONSPIRAR



Esta obra se encuentra bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> o envíe una carta a Creative Commons, PO Box 1866, Mountain View, CA 94042, USA.



© Amador Fernández-Savater, 2026

Se han realizado todos los esfuerzos para localizar a los titulares de derechos de la imagen de cubierta; cualquier error u omisión es involuntario y se corregirá en futuras ediciones tras notificación al editor.

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

© Ned ediciones, 2026

Primera edición: abril, 2026

Preimpresión: Moelmo SCP
www.moelmo.com

ISBN: 979-13-87967-17-8
Depósito legal: B 5469-2026

Impreso en Sagrafic

Impreso en España
Printed in Spain

Ned Ediciones
www.nedediciones.com

ÍNDICE

Prólogo: El pensamiento como freno de emergencia	11
1. Contra el régimen de la opinión.....	19
Tener necesidad de que la gente piense.....	21
Nota sobre la supresión general de las redes sociales	27
Salir de la discusión política.....	31
Palabra sin mundo: la tertulia mediática como tecnología de poder.....	35
Marranismo, contra la policía de las identidades.....	43
2. ¿Qué es pensar críticamente?	47
Pensar, para poder respirar.....	49
¿Qué es el pensamiento crítico?	57
Dar a ver, dar que pensar: contra el dominio de lo automático	65
El método Simone Weil: pensar el presente durante cien años	75
La rebelión frente al mal	85
3. La conversación como batalla cultural	91
La guerra en el lenguaje: ¿cómo protegernos?	93
Tres preguntas para Pablo Iglesias a propósito de <i>Medios y cloacas</i>	97
¿Hacia una batalla cultural en clave materialista?.....	103
¿Qué significa «escuchar» en política?	111
«Estamos buscando una salida donde no la hay, que no preexiste, que debemos inventar»: entrevista a Diego Sztulwark.....	121

4. La escuela en la batalla del pensamiento.....	143
Piratear la filosofía: cuatro calas para el abordaje.....	145
La protocolización de la vida y la escuela.....	153
<i>Adolescencia</i> : el fracaso de la mirada adulta.....	161
La masculinidad rota: entre reacción y transformación	167
¿Qué es un espacio de deseo?	175
 5. Crítica tradicional, crítica utópica.....	185
Aprendizaje de la utopía: Ernst Bloch para el presente	187
Contra el complejo de Casandra, palabra y destino	197
Crítica, verdad y profecía: a propósito del discurso de la obispa Mariann Budde	201
El brutalismo, fase superior del neoliberalismo	205
Utopía vegetal: de la impotencia a lo posible	213
 6. Leer, enseñar, conspirar	221
Tener superpoderes: la lectura como experiencia de emancipación.....	223
Abrir los canales, volver a enseñar	229
Una editorial como máquina de guerra: Guy Debord y la subjetividad lectora.....	233
Política como complot	243
 Procedencia de los textos	249

*Conspirar significa respirar juntos. Toda asociación de pensamiento
es una pequeña conspiración contra la saturación asfixiante
del mundo. Amigo es cualquiera con el que se piensa la vida.
Quiero dedicar este libro a todos los amigos en el pensamiento,
los de siempre y los nuevos.*

PRÓLOGO: EL PENSAMIENTO COMO FRENO DE EMERGENCIA

El chico tiene algún «trastorno de comportamiento». Hijo de madre sola, de origen migrante, ha pasado un tiempo internado por sus estallidos de ira. Ahora, la administración ordena que ingrese en el instituto donde trabajo como profesor visitante. El instituto pide algún refuerzo, alguna persona de apoyo, posponiendo su incorporación hasta ese momento. Pero la policía aparece un día en la puerta y reclama su presencia inmediata por ley: «estará seguro mejor aquí que en casa», añade.

Así que el chico llega con el curso iniciado. Te lo puedes cruzar por los pasillos, es muy delgado, saluda siempre con una sonrisa, produce mucha ternura. Un mes después empiezan los problemas, ante una situación tensa el chico se «brota», amenaza, huye, pone en peligro a los demás y a sí mismo. ¿Qué hacer? El colegio está desbordado, no puede ni quiere hacerse cargo sin ayuda, la expulsión del chico aparece como una opción, pero ¿a qué precio? ¿Cuál es el sentido de la escuela si no puede ayudar, acoger, amparar a un chico como él?

El mal automático

El mal se presenta hoy como este encadenamiento de automatismos impersonales y fuera de control. Se pierde el trabajo —ya no se puede pagar la hipoteca— los chicos crecen solos —no hay recursos públicos suficientes o adecuados—. Hay mil combinaciones posibles. A esta trama fatal de automatismos podemos llamarla «precariedad». La precariedad son vidas fragilizadas y al borde del vacío, detonaciones

en cadena del sentido de la vida, instituciones impotentes que como mucho contienen o aplazan el desastre final.

El mal es automático también en un segundo sentido. ¿Quién se hace cargo de lo que pasa? Una respuesta posible en boca de cualquiera: «esto no es asunto mío». No me toca, no puedo hacer nada, es demasiado complejo. ¿Cómo no entenderlo? La comunidad escolar que me encuentro cotidianamente no da más de sí, la falta de tiempo es el pan nuestro de cada día, un desbordamiento y desbocamiento de los cuerpos mismos, en el agobio, la ansiedad, el estrés.

Y, sin embargo... En todos esos años colaborando con institutos públicos en la ciudad de Madrid he conocido a muchas personas maravillosas que se resisten a la indiferencia y la anestesia frente a lo intolerable, que se preguntan por lo que ocurre y actúan, un puñado siempre renovado de héroes invisibles (o más bien heroínas, porque en mi caso me he topado fundamentalmente con mujeres) que hacen frente al mal de lo automático en sus dos declinaciones.

Al verlas y escuchar sus relatos cotidianos, pienso en aquel pasaje célebre de Walter Benjamin sobre el ángel de la Historia: el ángel, dice Benjamin en ese pasaje mil veces citado, quisiera demorarse, despertar a los muertos y volver a juntar lo despedazado, pero una tempestad lo arrastra de espaldas e irresistiblemente hacia el futuro, mientras el cúmulo de ruinas crece ante sus ojos hasta llegar al cielo.

Sin duda, los ángeles de la escuela se llevan la peor parte. Como viven sin anesthesiarse, como mantienen vivos sus vínculos de afecto con los chicos, sufren terriblemente por lo que les pasa. «Son como madres con doscientos hijos», me dice una amiga cuando le hablo de ello. La sensibilidad te mantiene conectado a las cosas del mundo, pero al mismo tiempo puede hacerte quebrar de dolor, desposeída de la protección que procura el «esto no es asunto mío».

No son ángeles porque puedan salvar a nadie, sino porque *se niegan a no ver*.

Tempestad sin progreso

¿De qué está hecho este viento que les impide detenerse, despertar a los muertos y reparar lo despedazado? Se llama rendimiento, se llama competitividad, se llama gestión, se llama evaluación de resultados. Es un viento que acelera los ritmos, que impide los encuentros, que encierra a cada uno en su propia función, en su propio trayecto individualizado. Esta tempestad ni siquiera lleva ya el nombre de «progreso», como decía Benjamin, porque carece de dirección, de finalidad y de promesa. Es puro funcionamiento.

Seguir funcionando, mientras se apilan las ruinas ante nuestros ojos. La catástrofe, decía Benjamin, es que todo siga igual. Es este ideal de normalidad, la normalidad de los funcionamientos, al que hay que sacrificar tantos chicos difíciles, tantas ruinas. Esta normalidad tan deseada tan solo es la normalización de la trama de precariedad que detona por todas partes las vidas.

El malestar de tantos profesores sensibles es el mismo malestar del ángel de la Historia: no hay tiempo para parar, despertar a los muertos y reparar las ruinas. *No hay tiempo para pensar*. Pero la escuela solo es un reflejo a nivel micro del mundo común y compartido. Del mismo modo puede entenderse el malestar social, ese que nos va a requerir de tantos tranquilizantes para seguir funcionando. El malestar hoy consiste en la imposibilidad del pensamiento, el bloqueo del pensamiento.

No se puede pensar porque los espacios de encuentro han sido desmantelados. Porque cada uno de ellos ha sido colonizado por la gestión, el control y la evaluación de resultados. No se puede pensar porque la tempestad empuja ya hacia adelante, hacia lo que hay que resolver para seguir funcionando mañana. Como dice una profesora amiga, «ahora somos todos cabos sueltos».

No se puede pensar también porque ese funcionamiento se nos ha pegado al cuerpo, porque lo llevamos puesto, porque respondemos de

algún modo a la lógica de la demanda y la urgencia. La misma dinámica que nos mortifica nos hace vibrar de intensidad en algún modo extraño y perverso. El hámster en su trampa reproduce su mal sin que nadie se lo ordene.

No veo ninguna diferencia cualitativa entre este chico que va a ser expulsado del instituto porque nadie puede hacerse cargo y el resto de daños que asolan hoy el mundo: crisis climática, económica, demográfica. Tampoco podemos detenernos a reparar ninguno de ellos porque ya no hay espacios ni tiempos comunes para hacerlo, porque hemos perdido las complicidades necesarias, porque la tempestad que nos arrastra hacia adelante nos tiene atrapados en su remolino de intensidad.

La interrupción

Walter Benjamin fue uno de los primeros pensadores que se atrevió a redefinir la imagen de la revolución que necesitamos: hay que dejar de verla como la locomotora de la Historia, el desarrollo imparable de las fuerzas productivas que creará un mundo de abundancia para todos, y empezar a pensarla más bien como «el acto por el cual la humanidad que viaja en ese tren acciona el freno de emergencia».

La confianza en la marcha de la locomotora es el optimismo de que hay una solución técnica para los problemas políticos, los problemas de la vida en común. Protocolos contra las violencias, vacunas para paliar los daños de nuestras formas de vida, ciencia contra el envejecimiento y la muerte, inteligencia artificial para combatir la pobreza y la desigualdad. No tenemos que cambiar nada de nuestra forma de vida, solo precisamos una solución técnica para lo que no funciona del todo bien.

Pero la locomotora de la Historia avanza precarizando las vidas, su velocidad nos desquicia e insensibiliza, nos vuelve incapaces de prestar atención a las ruinas, sea un chico a punto de ser expulsado del único

lugar que podía acogerle o la naturaleza herida. La delegación de nuestras capacidades de pensar y crear solo agrava nuestra impotencia, nuestra condición desastrosa de espectadores irresponsables del mundo.

Hay que activar el freno de emergencia. La interrupción es el gesto que nos permite una detención y un recomienzo. ¿Qué significa esto? La detención abre la posibilidad de atender las ruinas y en esas ruinas podemos encontrar las claves para un recomienzo. Es decir, el chico a punto de ser expulsado tiene las claves para repensar la escuela, la naturaleza herida tiene las claves para reparar nuestra relación con la tierra. Eso significa «despertar a los muertos», desplegar la potencialidad que las ruinas contienen.

La interrupción es del *orden del afecto*. Sin decidirlo, nos sucede que no podemos desvincularnos de lo que pasa, nos sentimos atados a la suerte de ese chico, de ese territorio, de esas formas de vida amenazadas. Esa incomodidad, esa perturbación que nos recorre el cuerpo, hace caer nuestras protecciones, nuestras barreras. Esa es la *violencia* de la interrupción, una violencia que no rompe nada, pero es más radical que el más radical de los disturbios: corta la cadena de los sentidos automáticos, la naturalización del «así son las cosas», del «esto no es cosa mía».

La interrupción nos va a requerir seguramente un coraje, quizá no un heroísmo o una épica, pero sí un coraje. Poner en juego algo propio, dividirnos radicalmente al interrogarnos, arriesgarnos a una separación, a una soledad. A la vez ese coraje puede circular, se puede contagiar, construir algo común. La interrupción nunca es un gesto individualista, pero tampoco garantizado por el colectivo.

«Al pensar no solo le pertenece el movimiento de los pensamientos, sino también su interrupción», dice Benjamin en el mismo texto. El freno de emergencia puede poner en marcha la posibilidad de pensar, el pensamiento puede poner en marcha el freno de emergencia. Las complicidades se activan, los ángeles inquietos roban de aquí o de allá un poco de tiempo al funcionamiento, se encuentra este u otro sitio para albergar la conspiración.

El pensamiento es una conspiración: volver a respirar juntas allí donde perdimos el aliento siguiendo el paso a la velocidad de la locomotora. El hecho de que hoy seamos «cabos sueltos», piezas desconectadas entre sí, no hace imposible el pensamiento, solamente nos obliga a reinventarlo. No solo lo que se piensa, sino *cómo y dónde* vamos a pensar. Pensar hoy no puede ser solo una creación de conceptos, sino de espacios y tiempos para elaborarlos.

Conspirar, preguntarnos juntos por lo que pasa y lo que podemos hacer al respecto, investigar e imaginar, responder a lo que nos convoca mediante algún tipo de acción. El pensamiento no produce soluciones, sino respuestas. ¿Y qué es responsabilizarse sino precisamente responder a algo que nos interpela, hacernos cargo de ello como «asunto nuestro», salir de nuestra condición de espectadores y opinadores de lo que nos pasa?

La fábrica de tiempo

La interrupción nos sustrae a la velocidad de los automatismos, esa velocidad que nos impide dar respuesta a los acontecimientos, que solo habilita ajustes y perfeccionamientos, velocidad que anestesia por saturación, por exceso, por demasiado.

Pensar, dice un gran pensador del siglo xx, es antes que nada «no entrar al trapo». Las cosas nos provocan, todo se nos presenta como fuegos que apagar, ocasiones que aprovechar para extraer rendimiento. Pensar es suspender ese hechizo, la necesidad de respuestas-reflejo, la impaciencia como síntoma de época, su vibración embriagadora. Se abre así el tiempo de una elaboración.

Solemos decir: no hay tiempo para pensar. Pero la verdad bien podría la contraria: *no hay tiempo porque no pensamos*. Sin la detención del pensamiento todas las cosas se nos aparecen como demandas urgentes que requieren algún tipo de solución inmediata. No entrar al

trapo significa liberarnos del presupuesto de que «todo debe funcionar» y «siempre hay una solución». Al sanar esta *adicción al mundo*, el pensamiento fabrica tiempo y *serena*.

Decir que no hay tiempo para pensar es asumir el régimen temporal que nos gobierna, dar por hecho que el tiempo se tiene o no se tiene, como si fuera un recurso externo, algo que está ahí. Pero el tiempo no es solo una cantidad, sino que depende de una forma de experiencia, de relación con lo que pasa. El tiempo no es un dato natural u objetivo, se produce, se construye subjetivamente, también colectivamente.

Esta fábrica de tiempo no es una técnica personal de bienestar, sino la condición necesaria para hacernos cargo de las ruinas. Tampoco hay ninguna contradicción entre el pensamiento y la acción. Al revés: deliberar es lo que nos puede permitir actuar y no solo reaccionar, poner en marcha algo nuevo y no hacer más-de-lo-mismo, dejar de darnos cabezazos contra la pared mientras repetimos «¡hay que hacer algo!».

¿Es por todo esto que Hannah Arendt decía que pensar resiste al mal, sin especificar exactamente qué es lo que hay que pensar? Pensar resiste al mal sin ser el bien, sin garantizar el bien. Suspende los automatismos, nos hace preguntas por nuestro comportamiento y nuestro deseo, nos interpela en lo más profundo a cada uno de nosotros: «¿pero ¿tú qué piensas? ¿Pero tú qué quieres?».

Sobre este libro

«El combate del pensamiento» fue el título de un número de la revista *Espai en Blanc*, en la que yo participaba, en 2009. Se planteaban ahí muchas hipótesis para mí aún válidas: la verdad como desplazamiento, la idea como verdad insistiendo en el tiempo, el pensamiento como algo distinto a la «formación» (militante, política, etcétera), no como caja de herramientas para la lucha, sino como lucha en sí mismo.

Se decía también que el pensamiento está hoy asediado por todas partes, en la escuela, la política, los medios de comunicación, y que por eso hay que plantearlo como un «combate». Ese combate continúa hoy, aunque el terreno donde transcurre se haya transformado por su efecto mismo.

La filosofía, por ejemplo, al menos en España, no es ya en absoluto algo marginal —excepto en la educación obligatoria—, sino que es celebrada por todo lo alto en suplementos culturales, tertulias mediáticas o festivales de pensamiento. Se ha vuelto *cool*, se ha vuelto *sexi*, pero esa salida de la marginalidad paga el precio de una cierta fetichización de los autores y los discursos, que arriesgan a verse neutralizados como nuevo valor de cambio sin valor de uso, nueva mercancía simbólica.

La viralidad en el lugar de la verdad, la batalla cultural en el lugar de la inteligencia colectiva, los personajes-marca en lugar de los libros, la comunicación en lugar de la escucha y la conversación. ¿Qué está pasando? En lugar de limitarse a despotricar o colocarse en un supuesto afuera, Félix Guattari decidió ya en su día investigar el terreno de la publicidad: «cuanto más estúpida es, más capta algo», dijo. ¿Cómo investigar nuestro presente sin mimetizarnos con él?

Este libro recoge años de incursiones, de investigaciones, en esta «guerra del lenguaje». He agrupado los textos por afinidades, pero no tienen por qué leerse linealmente. Sería casi mejor que cada lector inventase su propio recorrido. Las pequeñas repeticiones que puede haber entre ellos hablan de esta insistencia en los mismos problemas.

Ni esperar, ni quejarnos: pensar. Que ninguna ruina engrose impunemente la estadística, la lista de los males necesarios para que la locomotora siga funcionando. Que cada ruina sea para nosotros pregunta, grito, conmoción. Que hacerles justicia signifique desbloquear la potencia que en ellas quedó abortada e incumplida, una potencialidad que permite un reinicio, retomar las cosas desde otro lado.

Realizar lo apuntado pero no cumplido. A esa forma de rescate Benjamin la llamó «redención».